

FAMILIA, COLEGIO Y CULTURA

Luz María Budge

Decana de la Facultad de Educación y Ciencias de la Familia

Universidad Finis Terrae

No hay proyecto más grande para un padre y una madre que educar un hijo y para una sociedad que educar un niño. Ese es el punto de partida de esta breve reflexión que obviamente no aspira a agotar la vinculación que existe entre la familia, la escuela y la cultura, sino que más bien busca aportar a la identificación de oportunidades para enriquecer dicha interacción.

1.- La relación colegio y familia se da, fundamentalmente, en el contexto de la vinculación con el proceso de formación del hijo-alumno. Se trata de una relación fuertemente marcada por el tema de la exigencia – como señala, por ejemplo, el estudio “Cultura Escolar y Escuela Católica” realizado en el programa de Doctorado en Ciencias de la Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Se puede decir que estamos frente a un escenario de exigencia recíproca y creciente. Los colegios son exigentes en lo que se refiere a la regulación de la formación como padres y que se traduce, entre otras cosas, en la obligación de asistencia a variadas actividades y de apoyo en el hogar en temas académicos¹.

Los padres y apoderados, por otra parte, son crecientemente exigentes en cuanto a la calidad del proceso educativo que ofrece el colegio; tanto en términos de resultados académicos objetivos (puntajes y rankings Simce, PSU), como en términos de relaciones humanas (por ejemplo, programas de prevención del bullying). La mayor información disponible, la mejor formación de los apoderados y, por cierto, la pérdida de prestigio de la labor docente y el reconocimiento amplio de las deficiencias de

¹ S. Martinic y otros, “Cultura escolar y escuela católica”, pp.13.

nuestro sistema educativo podrían, precisamente, estar empujando a que las exigencias hacia el colegio, de parte de la familia, sean cada vez mayores.

Cabe preguntarse si, ¿es indebido que la relación entre el colegio y la familia esté marcada por la exigencia recíproca? ¿Es ello un elemento que necesariamente entorpece la alianza escuela-familia? No, pero sí obliga a procesos de claridad/transparencia y de diálogo permanente en la relación educativa que evite que aquellos llamados a ser “socios” se transformen en “acreedores” permanentes unos de otros. De lo contrario, evidentemente, la alianza estará fragilizada o definitivamente rota por la desconfianza y la tensión constante.

La transparencia y la claridad implican, por parte del Colegio, la existencia de un proyecto educativo claro y coherente. No sólo claro en lo escrito y en su fundamentación; sino sobre todo claro en su aplicación práctica e implicancias cotidianas.

La subjetividad en este sentido genera “malentendidos” y la subjetividad, en parte, está dada porque hay establecimientos que afirman seguir un modelo de formación y no existen instrumentos y metodologías para evaluar y/o monitorear el cumplimiento de esta promesa y, por lo mismo, tampoco para adecuar o mejorar el sistema en pos de un ideal. Los avances que se han dado en evaluación y medición de conocimientos y competencias, no han ido a la par con el desarrollo de instrumentos que permitan conocer si verdaderamente el colegio -con su estructura, programas y objetivos transversales- está siendo o no un eficiente colaborador en la formación personal, relacional e incluso ciudadana de los estudiantes.

La falta de claridad también puede venir de parte de los padres y apoderados. Un estudio recientemente realizado en la Universidad Católica Silva Henríquez muestra que existe cierta tendencia en los padres y apoderados a matricular a sus hijos en un colegio

católico no fundamentalmente por la formación religiosa que allí recibirán, sino más bien en consideración a la calidad académica que el establecimiento exhibe. Es conocido que el proceso de postulación para un colegio católico incluye una serie de entrevistas. La pregunta clave generalmente es: ¿por qué quiere matricular a sus hijos en este colegio? ... interesante sería conocer qué factor señalaron, en primer, lugar los padres de los postulantes y confrontar estos resultados con las opciones, valoraciones y exigencias que ellos mismos hacen a lo largo de la relación escolar. Lo que sí es claro es que difícilmente una alianza –particularmente en una empresa tan importante- puede ser sólida y duradera si no hay verdad y transparencia de por medio.

Por tanto, es clave -para que alianza entre el colegio y la familia sea sólida y constructiva- que los padres escojan un proyecto escolar afín al proyecto de familia, pero para eso obviamente se necesita tener un proyecto de familia. Central es preguntarse ¿Qué tipo de hijo quiero formar? ¿Qué colegio me puede apoyar en mi tarea educativa? Una vez que lo encuentro, es mi socio y como tal comparto la responsabilidad de emprender y consolidar un proyecto exitoso.

2.- Una segunda idea importante de desarrollar brevemente se refiere al aporte que el colegio puede hacer a los proyectos de construcción de familias sanas. De manera recurrente se escucha decir que la familia y el matrimonio están en crisis. Las estadísticas señalan que en los últimos 20 años, a pesar de que la valoración de la familia se incrementa, ha disminuido en un 50% el número de matrimonios, crece fuertemente el número de niños que nace fuera del matrimonio (sobre un 60%) y aumenta el número de matrimonios que se rompen. Se puede o no llamar a esto crisis, lo importante es reconocer si los problemas que hoy afligen a la familia y al matrimonio obedecen a fenómenos de debilitamiento de dichas instituciones o más bien se trata de

procesos que dan cuenta o son síntomas de “otras enfermedades individuales y sociales”. En otras palabras, cabe al menos preguntarse, por ejemplo, si el crecimiento de la violencia en los colegios chilenos tiene la misma raíz que los problemas que enfrenta hoy la familia.

De ser así y reconociendo que estamos en nuevo momento cultural e histórico particularmente complejo, resulta básico preguntarse si como país hemos asumido que nuestro sistema educativo debe colaborar eficientemente para que los niños y jóvenes a su cuidado desarrollen las habilidades sociales y formen el carácter que les permita construir relaciones sanas y maduras en el futuro.

Difícilmente el niño que agrede o es agredido sistemáticamente va a interiorizar en profundidad el sentido del respeto y la dignidad humana. Difícilmente el joven que no tiene amigos y se mantiene aislado va a saber desarrollar y valorar los proyectos compartidos. Difícilmente quien no ha experimentado la gratuidad de la fraternidad y amistad podrá comprometerse, por amor, para toda la vida. Por tanto, es insuficiente pensar que para abordar las problemáticas que hoy afligen a las familias hay que intervenir cuando estas están constituidas o en crisis. De la misma manera que ningún árbol crece en terreno infértil, ningún proyecto de vida en común puede ser sólido si no hay personas sanas y capacitadas para llevarlo adelante.

Este tema no sólo se agota en lo que se puede denominar la construcción de la pequeña comunidad futura que es la familia, también tiene implicancias macro en lo que es, por ejemplo, la formación del ciudadano llamado a contribuir en el fortalecimiento de la nación o de la persona como parte activa y corresponsable de un desarrollo social y comunitario. Lo anterior no es menor considerando que el “nosotros” es hoy para los chilenos un espacio problemático².

² P. Gutiérrez- T. Moulian, N. Lechner: Obras escogidas, tomo 1, “¿Cómo reconstruimos un Nosotros?”, Santiago, LOM, 2006.

En la educación chilena de hoy uno de los conceptos de moda es la autonomía. Entre más autónomos sean nuestros estudiantes mejor evaluamos el proceso educativo. En la Grecia de Aristóteles se concebía que el hombre alcanzaba la perfección y la madurez en la relación con los otros. “La naturaleza social del hombre-zóon politikón- constituía un punto central de la visión de la persona humana y de la ética política”³, Es decir, más que modas y en consideración a los proyectos sanos de futuro –tanto de la perspectiva individual o social- debiéramos apuntar a sanos equilibrios.

3.- La relación colegio- familia está llamada a ser o potencialmente puede llegar a ser una relación larga. En una época que en los vínculos son cada vez más breves, en que – por ejemplo- ya no se ingresa a un trabajo para permanecer allí toda la vida, la extensión temporal de vinculación entre estas dos instituciones –colegio y familia- tiende a ser excepcional. Lo anterior implica complejidades y, por cierto, oportunidades.

Por una parte -y es lo más obvio y estudiado- serán 12 años en que el propio estudiante experimentará cambios. Esto está relacionado con el punto anterior, es el período clave de formación de personas sanamente relacionales. Pero por otro lado, los 12 años que dura el período escolar del niño, coinciden generalmente con el proceso de formación, consolidación o rupturas de los matrimonios y las familias. De ese contexto – fundamental, profundo, íntimo, significativo- en que se dará el proceso formativo de niños y jóvenes.

Al comienzo se afirmó que “la relación colegio y familia se da fundamentalmente en el contexto de la vinculación con el proceso de formación del hijo-alumno”. Ciertamente es así, pero con realismo y con conciencia de las limitaciones que tiene el sistema educativo chileno, no se pueden dejar de considerar las potencialidades más amplias que

³ J. Mesenguer, La familia que viene, Madrid, Rialp, 2008. PP. 27.

tendría este espacio y cómo se podrían aprovechar adecuadamente. Probablemente hoy no existe otro espacio clave más estratégico y apropiado para intervenir, promover y fortalecer la familia como es el colegio. Es de los pocos espacios comunitarios intergeneracionales que siguen existiendo, ello ocurre no sólo porque los niños se encuentran allí por muchas horas al día, sino porque todavía –idealmente- “el colegio no sólo matricula niños, sino familias”.

El estudio “Familia y modernización en Chile” da cuenta de cómo, en muchos casos, crisis puntuales al interior de la pareja y la familia derivaron en crisis generalizadas que llevaron al rompimiento de las mismas. “No supimos qué hacer” es frase que refleja la “no estrategia” o el no acompañamiento a los matrimonios en crisis que llevó a su ruptura. “Siendo las familias las depositarias de los saberes tradicionales para la gestión de los problemas familiares, ¿cómo surge el “no saber qué hacer”? Lo primero es que hay problemas de nuevo tipo frente a los cuales las familias no disponen de los recursos correspondientes, ni cognitivos ni materiales, ni de sociabilidad para hacerles frente”⁴, concluye Pedro Güell.

Sin pretender recargar más al colegio –que por estos días pareciera ser depositario de todos nuestros males y de todas nuestras esperanzas- parece importante abrir espacios para explorar el acompañamiento que se puede dar a los matrimonios, a las familias y no sólo a los niños que componen estas comunidades educativas. El colegio puede ser un espacio de observación e intervención privilegiado en temáticas de familias.

4.- Otro aspecto insoslayable se refiere a la familia y a la escuela como constructores de cultura. Cada vez más es posible apreciar el interés de los colegios por crear espacios reflexión y de formación de sus comunidades educativas sobre los temas más variados.

⁴ P. Güell, “Familia y modernización en Chile”. Exposición ante la Comisión de Expertos en temas de Familia, SERNAM, 1999, pp. 2.

En dichas iniciativas, en general, se observan ciertas tendencias propias de los procesos iniciales y exploratorios: se trata de iniciativas fragmentadas y con poca planificación a largo plazo. Es decir, ellas siguen, en general, la misma lógica de los procesos posmodernos, que son de alguna manera destellos y no trayectorias continuas y coherentes. Lo anterior significa una pérdida no menor porque, como se resaltaba, el proceso formativo escolar (12 años al menos) es largo y permite planificar y desarrollar proyectos formativos para niños y familias de largo alcance y, por ende, de fuerte impacto.

Estas iniciativas de extensión, formación complementaria y/o escuelas para padres – como quiera llamárseles- podrían llegar a ser una gran oportunidad para colaborar en la formación de una conciencia crítica madura y para desarrollar acciones o liderazgos que aporten en la humanización de las estructuras sociales.

En otras palabras, la comunidad escolar es lugar propicio para forjar y formadores constructores de cultura y no meros espectadores de un desarrollo cultural superficial, fragmentado y carente de sentido.

En resumen:

- 1.- Claridad, transparencia y diálogo para la construcción de una verdadera alianza entre la familia y el colegio.
- 2.- Evaluación de cumplimiento de las metas educativas para saber si efectivamente se está colaborando en la formación de personas que el día de mañana puedan construir matrimonios y familias sanas. Adecuar y mejorar permanentemente los programas formativos. No tener miedo a innovar.
- 3.- Aprovechar –o al menos explorar- la riqueza que tiene la comunidad educativa no sólo en la formación de niños y jóvenes, sino también en el acompañamiento y

fortalecimiento de las familias que estarán asociadas a un proyecto educativo por muchos años.

4.- Incentivar la formación de liderazgos conscientes de su misión, que aporten activa y responsablemente en la construcción de una cultura a escala humana.